

Un drama cargado de esperanza

'Réquiem' de Mozart. Trabajó en esta obra, incompleta y marcada por su leyenda, hasta bien poco antes de su muerte

CÉSAR COCA

La última obra de Wolfgang Amadeus Mozart, la más profunda, la más emotiva, la más personal de todas cuantas compuso, pudo haber estado destinada a ser un fraude. Es también una de las piezas de la Historia de la Música en torno a la cual se han tejido más leyendas y ha sido objeto de más adaptaciones. Igualmente, estamos ante una partitura que se ha interpretado muchas más veces de forma ajena a su función primera. Porque el 'Réquiem', que Mozart no pudo terminar por culpa de la Parca, ha trascendido la función de misa de difuntos y es mucho más habitual escucharlo en salas de concierto, actos de homenaje y ceremonias oficiales, por no hablar de su uso en el cine, la televisión e incluso en la publicidad. Y todo surgió por el encargo del conde Franz von Walsegg, realizado de forma muy discreta a través de un intermediario cuya identidad nunca ha sido establecida de forma fidedigna.

El enviado del conde Walsegg llegó a la casa de Mozart en Viena en algún momento entre finales de febrero y el comienzo del verano de 1791. El compositor salzburgués tenía entonces 35 años. Su vida había estado marcada por una infancia de viajes continuos para mostrar por toda Europa el incalificable prodigio de su talento; una rápida entrada en las cortes del continente y en especial en la de Viena; una sucesión de obstáculos dispuestos por parte de sus rivales y enemigos —que no fueron pocos ni de escaso poder—; épocas de buenos ingresos y vida grata junto a otras de obligada austeridad y desde hacía algún tiempo una salud deteriorada por males que hoy se superan sin dificultad pero no entonces; y la fatiga inevitable de quien despliega una actividad casi sobrehumana.

El encargo tenía algo de extraño. La causa es que Mozart no había destacado tanto en la música religiosa como en otros géneros. Es cierto que su producción no es menor (hasta ese momento había escrito 17 misas, una de ellas de dudosa atribución, otras tantas sonatas de iglesia y un puñado de letanías, vísperas y oratorios) pero no alcanza de lejos ni el volumen ni la calidad del catálogo de Haydn, por citar a otro compositor de su tiempo. Además, la mayor parte de esas obras habían sido escritas años atrás porque el autor de 'La flauta mágica' se había ido apartando poco a poco de los géneros vinculados a la liturgia. Quizá fue precisamente eso y el hecho de que Mozart no pasaba por su mejor época en lo relativo a éxito popular lo que movió al conde Walsegg a hacer el encargo.

El origen del mismo estaba en

la muerte de su esposa, a mediados de febrero. El aristócrata vivía en un palacio situado a dos o tres días de diligencia de Viena, y allí ofrecía a sus invitados conciertos en los que él mismo dirigía una orquesta contratada para tal fin. Para honrar la memoria de su mujer, había pedido también una estatua a un artista local y deseaba interpretar una misa de réquiem que, según algunas fuentes aunque no está del todo demostrado, quería

hacer pasar por propia. Avalaría esta teoría el hecho de que la petición se la hizo un desconocido y todo queda rodeado de no poco misterio. Se sabe bien, eso sí, que le ofrecieron 60 ducados lo que, sin ser ni con mucho una fortuna, era una suma considerable para un compositor que llevaba tiempo con problemas económicos, algo que Walsegg también debía de saber.

Lejos de comenzar de inmedia-

to la composición del 'Réquiem', el compositor salzburgués siguió a lo suyo. Y lo suyo en ese año final es extraordinario: una sucesión de grandes obras de distintos géneros y dimensiones. Puede decirse que cada una de ellas, por sí misma, le habría garantizado un lugar en la Historia de la Música: el Concierto para clarinete, las óperas 'La clemenza di Tito' y 'La flauta mágica', el motete 'Ave verum corpus', el Quinteto Kv. 614,

incluso la Pequeña cantata masónica... En julio nació su hijo Franz Xaver y pocas semanas después su salud sufrió un rápido deterioro. Ya en septiembre, afectado por episodios de agotamiento, se acordó del encargo (puede que recibiera la visita del intermediario) y empezó a trabajar en la misa de difuntos mientras preparaba el estreno de 'La flauta mágica'. Un mes más tarde, una serie de mareos y vómitos lo enfrentó a la realidad que se había negado a ver hasta entonces: estaba muy enfermo.

Un artista maduro

El 'Réquiem' de Mozart es, casi con toda seguridad, la obra más rodeada de leyenda. Por el origen de su encargo, hasta el extremo de que mucho después de haber sido aclarado sin la menor duda aún sigue dando pie a todo tipo de especulaciones carentes de fundamento pero muy rentables en términos de popularidad. También porque es la obra final de quien ha sido

calificado por muchos especialistas como el mayor genio de la Historia. Y el Mozart que comienza a escribir esa partitura ya no es el joven frívolo y bromista capaz de titular un canon como 'Lámeme el culo' (Kv. 231) sino un artista maduro también en lo personal.

Con el 'Réquiem', Mozart despeja cualquier duda sobre el valor de su obra. En su tiempo y después, no le han faltado críticas: su música ha sido calificada (al menos una parte del catálogo) de 'comercial' por estar orientada a la búsqueda del éxito. Se sabe que, sobre todo en sus años jóvenes, estudiaba las características de las obras de otros compositores que satisfacían al público y seguía sus patrones. Lo cuenta en una carta a su padre. Era fruto de la necesidad de ganarse la vida, porque había renunciado a la protección y la seguridad económica que le daban trabajar en Salzburgo para el arzobispo Colloredo y se había lanzado al mundo como artista 'libre'. Luego, su carácter y la propia conciencia de su talento resultaron incómodas en la corte de Viena, donde en algunas temporadas le hicieron el vacío. Por eso, obligado a buscar el favor de un público alejado de la aristocracia, compuso obras que superaban el rígido corsé de la música 'oficial', para disgusto de los más ortodoxos. Una de esas obras es 'La flauta mágica', una partitura cuyo valor hoy nadie pone en duda.

El compositor que se sienta a escribir esa misa de difuntos por

